

Qué gracias, General Mejía, por esa condecoración sorpresa que me acaba de entregar. Me honra muchísimo y me compromete todavía más con sus hombres, con nuestros hombres, con nuestros héroes de la patria. Parafraseando a Napoleón cuando estuvo frente a las pirámides de Egipto, hoy podríamos exclamar emocionados en este altar de la patria, que es el puente de Boyacá: 'Soldados, desde los campos y colinas que nos rodean, dos siglos de historia nos contemplan'. Y así es, la historia nos contempla, el valor de nuestros héroes de entonces y hoy nos contemplan, la majestuosidad de nuestra tierra nos contempla.

En solo dos años, en este escenario, se celebrará el bicentenario de la batalla que selló la independencia de nuestra nación. En solo dos años, acá recordaremos, cómo lo hacemos hoy, la gesta de Bolívar y Santander, de Anzoátegui y Sublette, de Parisi, Rendón, de Plaza y Córdoba, y de tantos valientes que, con recursos precarios, derrotaron al ejército del imperio colonial. Algo aportaron mis antepasados en esa victoria, luchando con fiereza en suelo santandereano para evitar que el coronel González y sus tropas llegaran a reforzar a las del General Barrientos. Antonia Santos, la heroína, no alcanzó a conocer la noticia del triunfo, pues 9 días antes había muerto en el cadalso en una esquina de la Plaza del Socorro.

Cuánto debemos a estos hombres y mujeres. Ellos nos dieron la independencia y, desde entonces, los colombianos hemos recorrido casi dos siglos de vida republicana buscando la felicidad y bienestar de nuestro pueblo, pero también con muchos tropiezos. ¿Y cuál ha sido el principal obstáculo? Como ocurre tantas veces, nosotros mismos. Miren esto: hace 198 años, cuando ocurrió la batalla de Boyacá, el PIB per cápita de Estados Unidos era dos veces y medio el PIB per cápita de Colombia. ¿Y qué pasó? Qué tal, como lo habíamos hecho años atrás, en la llamada Patria Boba, en lugar de empujar todos hacia el progreso, nos pusimos a pelear entre nosotros, tanto que durante el siglo 19 fuimos la nación de América Latina que más guerras civiles sufrió.

Para 1850, solo algo más de tres décadas luego de nuestra independencia, el PIB per cápita de Estados Unidos era 5 veces mayor que el de Colombia. La relación a favor de ellos se había duplicado. Nuestro mayor atraso se generó en esa primera mitad del siglo 19, cuando nos enfrentamos por ellos y luchas de poder, en lugar de construir juntos. Por eso dije el pasado 20 de Julio, al celebrar la fiesta nacional: 'La patria por encima de los partidos, Colombia por encima de los senos'.

En estos casi 2 siglos, a pesar de los enfrentamientos internos, de los flagelos de la violencia, del narcotráfico y la corrupción, nuestra nación ha avanzado mucho. Pero, ¿cuánto más habríamos hecho, dónde estaríamos, si el esfuerzo desperdiciado en luchar entre nosotros lo hubiéramos canalizado en luchar por nosotros? En medio de este escenario, una institución se ha mantenido como el fiel de la balanza, como garante de nuestra democracia y nuestra vida republicana. Y esa es nuestra fuerza pública: nuestras fuerzas militares, nuestro ejército, nuestra policía, que por encima de todo protegen el presente y el futuro de los colombianos.

Hoy, al celebrar los 198 años del ejército nacional, de nuestro glorioso ejército nacional, quiero hacer un reconocimiento muy especial a esta fuerza y a todos los componentes de nuestras fuerzas armadas, porque nos han traído hasta este punto de inflexión, esta oportunidad histórica, este momento de esperanza que hoy vive Colombia. Cuánto debemos todos, más de 49.000.000 de colombianos, a los miles de hombres y mujeres de nuestro ejército. Cuánto debemos a los héroes caídos en acción, que entregaron hasta su último aliento para que nosotros, sus compatriotas, tuviéramos y viviéramos en paz.

Hoy podemos decirles a los que están con nosotros y a quienes nos acompañan desde el cielo de los valientes, que el país entero les agradece. Porque la paz que soñamos y que ustedes defendieron a costa de sus vidas, ya la comenzamos a sentir y a construir. La guerrilla más antigua y poderosa del continente dejó sus armas, y sus miembros empiezan a transitar por el camino de la legalidad, la responsabilidad y el debate democrático. Nada, nada de esto hubiera sido posible sin nuestro ejército y nuestras fuerzas armadas. Y por eso, hoy en el puente de Boyacá, donde Bolívar nos dio la libertad, quiero darle las gracias a los soldados y policías de Colombia, porque ustedes, ustedes nos dieron la paz, ustedes la hicieron posible.

Y la paz, lo saben bien, es la victoria de todo soldado. Recuerdo a los alarmistas que creían que con el fin del conflicto con las FARC iban a debilitarse nuestras fuerzas armadas, cuales mejorar sus condiciones. Nada más equivocado. Quien haya visto el desfile del 20 de julio, quien contempla esta parada militar que hoy nos emociona, quien ve a nuestros soldados y policías desplegados por todo el territorio nacional, copando los espacios a donde no llegaba el Estado, se habrá dado cuenta de que hoy tenemos las fuerzas armadas más grandes y más fuertes de nuestra historia.

Y no son unas fuerzas armadas pasivas. Nuestro ejército sigue y seguirá a la ofensiva contra quienes atenten en contra de los colombianos. Nuestro ejército sigue y seguirá patrullando cada centímetro de nuestro territorio. Quien ataque a un compatriota, quien secuestre, se las verá con la contundencia de nuestros soldados y también de nuestros policías. Porque ustedes, a mucho honor, son los herederos del ejército libertador. No somos unas fuerzas armadas débiles y diezmadas. No, todo lo contrario. Tenemos unas fuerzas armadas más modernas, más motivadas que nunca, que están liderando su propia transformación para enfrentar con éxito los retos del presente y del mañana.

Tenemos el plan Victoria, tenemos un nuevo modelo de planeación por capacidades, y cada una de las fuerzas, incluyendo la policía, avanza en su proceso de modernización, de fortalecimiento y direccionamiento, con una visión que abarca hasta el año 2030. El ejército, por ejemplo, lidera en su interior una transformación basada en la transparencia, que mantiene su norte en el respeto de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, y en la defensa de las instituciones y de la soberanía nacional. El ejército se transforma a partir de su éxito, que es la paz, y utiliza las lecciones de esa victoria para enfrentar las amenazas que subsisten y cualquier nueva amenaza, incluyendo las disidencias y las bandas criminales.

El ejército actualizó su doctrina con la doctrina Damasco y apunta a convertirse en un ejército multimisión, con capacidades para asumir diversa clase de tareas, desde la protección de las fronteras y la infraestructura, pasando por el combate a todo tipo de criminalidad, incluido el narcotráfico y la minería ilegal, hasta el apoyo en la atención de desastres y la protección de nuestro medio ambiente. A eso hay que agregar la participación cada vez mayor en misiones internacionales de mantenimiento de paz, porque Colombia, hoy por hoy, y a mucho orgullo, es exportadora de experiencia y capacidades en temas de seguridad y de paz.

Este es el ejército que soñamos y que estamos construyendo, un ejército además mejor y más preparado. Hace 10 años, siendo yo Ministro de Defensa, lanzamos con el vicealmirante Fernando Román y antiguo compañero de la Armada, una ambiciosa reforma educativa que se concretó en el sistema educativo de las fuerzas armadas y que hoy muestra sus frutos. Hoy la fuerza pública está repotenciando este sistema, una visión que llega hasta el año 2030, y nuestro ejército nacional es líder en este empeño.

Estamos creando la Escuela de Armas Combinadas del Ejército que formará oficiales y suboficiales dentro de la doctrina Damasco, y el Centro de Misiones Internacionales y Acción Integral que va a capacitar precisamente en misiones internacionales, derechos humanos, asuntos jurídicos y multilingüismo. Y si avanza hacia una visión de más largo plazo, que es llegar a crear la Universidad del Ejército, que reúne las diversas escuelas y se enfoque en la enseñanza de las ciencias militares. Ese es el ejército de Colombia, hoy fuerte para enfrentar las amenazas y dispuesto a mejorar y a prepararse más cada día.

Justamente, hoy firmamos esa carta intención que constituye un nuevo paso, un paso definitivo, hacia la creación de la Universidad del Ejército. Colombianos y miembros de nuestra fuerza pública, hace 4 años, en un congreso nacional de infraestructura, hice una referencia a este momento histórico en el que nos encontramos, y los invité a imaginar la Colombia que veríamos desde acá, el 7 de agosto del año 2019, cuando se cumpla el bicentenario de la Batalla de Boyacá. Ese ejercicio, que planteé entonces, podemos hacerlo hoy, hoy mismo, sin necesidad de imaginación, porque ya son hechos reales.

Miremos el paisaje: a un lado, la impactante formación de nuestros soldados que representan una fuerza pública moderna, fortalecida, dedicada a defender nuestra soberanía, a preservar la convivencia, apoyar misiones de paz en el mundo, formar militares y policías de otras latitudes, una fuerza pública que representa una sociedad que está cerrando el capítulo doloroso, el capítulo de 53 años del conflicto interno armado, y que está asumiendo la construcción de la paz con toda su complejidad, como una oportunidad para el progreso y la reconciliación entre los colombianos.

Hemos terminado ese conflicto con las FARC, es cierto, pero también estamos inmersos en la tarea de reconstruir nuestro tejido social y nuestra memoria, y de apoyar las zonas que por

tanto tiempo estuvieron sometidas por el miedo y por la violencia. Y si miramos hacia el otro lado, ¿qué vemos? Vemos una gran autopista de doble calzada completamente terminada, la autopista Bogotá-Sogamoso, que es apenas una entre muchas, muchísimas que se han construido y se están construyendo para conectar nuestro territorio, para unir a los colombianos y mejorar nuestra competitividad.

Casi cada semana estoy visitando alguna obra, abriendo al servicio algún tramo vial y constatando la forma en que las distancias se acortan con vías más amplias, más modernas, con túneles y puentes de última generación. Bolívar y Santander, que cruzaron a lomo de caballo con tantas penurias el páramo de Pisba para llegar a Bogotá a confrontar las tropas realistas, no reconocerían en este nuevo país que hoy se recorre con facilidad, con rapidez y ahora sin miedo.

Por eso, los turistas nacionales y extranjeros están redescubriendo a Colombia y quedan maravillados con tantas atracciones, tantos paisajes, tantos pueblos y ciudades que son un tesoro de diversidad, naturaleza y cultura. El páramo de Pisba hace parte de ese tesoro, es uno de los 37 páramos que tenemos en el país, y la mitad de los que hay en el mundo, y que estamos delimitando para protegerlos y garantizar su conservación como fábricas de agua. Ya llevamos 24 páramos delimitados, y el de Pisba, que tiene más de 100.000 tareas entre Boyacá y Casanare, va a tener esa condición antes de terminar septiembre.

Y hoy, desde el puente de Boyacá, en frente a un ejército fortalecido, un ejército pujante, quiero invitar a todos los colombianos a que libremos juntas las batallas que nos quedan. Las batallas para seguir reduciendo la pobreza, para continuar mejorando la salud y la educación, para seguir construyendo viviendas, para continuar creando empleo formal como lo venimos haciendo. No perdamos el tiempo en rencillas que no nos llevarán a nada. No pretendamos devolver el reloj y volver a un conflicto que, por fortuna, hemos terminado. No dejemos que las diferencias de pensamiento, que son normales, nos impidan trabajar en armonía y convivencia por una Colombia mejor.

El Papa Francisco estará en un mes en nuestro suelo. Monseñor Suescun y el vicepresidente están liderando todo lo que tiene que ver con su visita, y estará en nuestro suelo invitándonos a dar el primer paso, el más importante, que es el paso hacia la reconciliación entre todos y cada uno de los colombianos.

Hoy, desde el altar de la patria, yo, como presidente de la República, declaro que quiero dar y voy a dar ese paso, así como quieren darlo millones y millones de compatriotas. En 1819, ganamos la independencia, pero perdimos luego décadas de progreso porque nos dedicamos a pelear entre nosotros. Cambiemos la historia, cambiemos nuestra forma de hacer las cosas. No apaguemos la esperanza ni el curso natural de la vida que nos lleva a un futuro mejor.

Con el acompañamiento de nuestras fuerzas armadas, con la memoria de nuestros próceres y nuestros héroes en el corazón, abandonemos los odios y abracemos la vida. La vida, la libertad, la paz, todos son sinónimos: la vida, la libertad, la paz. Colombia, que así sea. Gracias.